

tomase el hábito; despues en él, estudió la santa teología y sacros cánones, y en todas tres facultades fué consumatísimo letrado. Parece que lo proveyó y trajo Nuestro Señor á esta tierra en aquellos tiempos para luz de esta nueva Iglesia, como lo fué en mas de cuarenta años que en ella vivió, mayormente en los principios, antes de la promulgacion del santo concilio Tridentino. Porque como en aquel tiempo los matrimonios clandestinos eran válidos, y se casaban de ordinario grandísima cantidad de indios nuevos cristianos, ofrecíanse por momentos gravísimas dificultades, que fuera menester la consulta de una universidad para desatarlas, con todas las cuales se acudia de trescientas leguas alrededor de México á solo el decreto de este doctísimo y santo varon para la declaracion de ellas, y á todas respondia por escrito con admirable claridad la resolucion de ellas. Y no solamente le preguntaban cerca de este artículo, sino de todos los tocantes á la administracion de los demas sacramentos y de otra cualquier materia que se ofreciese, como á verdadero manantial de sabiduría. Y á esto acudian, no solo la gente comun, mas tambien los oidores y letrados de la ciudad de México, y la clerecía y religiosos de todas las órdenes. Y así fueron innumerables los casos á que respondió, haciendo muchas veces tratados enteros para la respuesta de ellos. Y en todas las consultas que en su tiempo se tuvieron en la ciudad de México, y juntas de prelados, su parecer se tenia por última decision. Y así dijo un religioso muy docto de la orden de S. Augustin, á su muerte: «Pues el padre Fucher es muerto, todos podemos decir que quedamos en tinieblas.» Cuando vino á esta tierra aprendió la lengua mexicana en muy pocos días y compuso un arte de ella, y la ejercitó confesando y predicando, aunque su principal ocupacion fué en el estudio de las letras y ciencias que habia en su juventud aprendido, en el cual era continuo y incansable, fuera del tiempo que se daba á la oracion, que no era poco, sino buena parte del día y mucha de la noche. Fué religioso observantísimo de su regla, y muy pobre, que con ser tan profundo letrado y tan ocupado en el continuo estudio de todas facultades, no tenia otro libro de su uso sino el Derecho canónico, y este por tenerlo rubricado de su mano. Todos los demas que habia menester, los buscaba en la librería del convento donde moraba. Era obedientísimo á sus prelados y muy honesto á maravilla. Siempre fué muy amigo de todas las obras de humildad, gran seguidor del coro sin faltar jamas de maitines, donde se quedaba hasta dadas las tres. Murió santamente en México el

año de mil y quinientos y setenta y dos, y está allí enterrado. Escribió mucho y muy doctamente. Algunos de sus tratados, por falta del debido cuidado, se han desaparecido y derramado por diversas partes: los que al presente se hallan, son los siguientes: *De electionibus per scrutinium celebrandis conformiter ad concilium Tridentinum. Expositiones diversorum Diplomatum pro Fratibus Indiarum in Evangelici ministerii favorem. Antidotus infirmorum, hoc est, quomodo absolventi sint infirmi loquela privati. De judice Ecclesiastico. Manuale Prælatorum. De cognationis spiritualis tertia specie. De justa delinquentium punitione. De immunitate Ecclesiarum. Itinerarium catholicum,* y otras muchas obras bien doctas y necesarias para utilidad de esta nueva Iglesia.

Fr. Antonio de Huete, natural del mismo pueblo, hijo de D. Alonso Álvarez Carrillo y de Toledo, caballero principal y señor de Cervera y de otras dos villas, estudió en su juventud los sacros cánones en la universidad de Salamanca, y fué en aquella facultad graduado doctor. Mas despreciando el mundo por Cristo, y el mayorazgo que tenia de un cuento de renta, recibió el hábito de religion del glorioso S. Gerónimo (cuyo particular devoto era) en el monesterio de Santa Marta de Zamora, y por su humildad y por no ser conocido, se quitó el nombre y apellido de su linaje, conforme á la costumbre de aquella santa orden, y de allí adelante se llamó Fr. Antonio de Huete. Despues que vivió en aquella religion algunos años con grande ejemplo de vida y costumbres, movido por la fama de la observancia y penitencia en que florecian los frailes menores de la provincia de los Ángeles en la Sierra Morena, habida primero licencia de sus prelados, tomó en aquella provincia el hábito de religion del padre S. Francisco. Mas como siempre anhelase á mayor perfeccion, plantándose á la sazón en estas Indias de la Nueva España esta misma religion, juntamente con la fe católica, por aquellos doce apostólicos varones y otros sus coadjutores en mucha observancia del santo Evangelio, religion, pobreza y penitencia, pasó acá en compañía del venerable Fr. Jacobo de Testera, el año de mil y quinientos y cuarenta y dos. No supo la lengua de los indios, y así en treinta y un años que vivió en esta tierra, siempre moró en el convento de México y fué confesor incansable de los españoles, y de todos amado y venerado por su mucha humildad, sinceridad y bondad, y demas virtudes que en él generalmente resplandecian. Y entre ellas fué mucho de notar su mortificación y silencio, porque en ningun tiempo, aunque fuese en juntas

de religiosos que se congregaban para consolarse y solazarse en las grandes festividades, le vieron hablar ociosamente, sino solo en lo que era necesario responder con breves palabras á lo que se le preguntaba ó se ofrecia haber de cumplir en buen comedimiento. Gastaba el tiempo que le sobra badelasobras de caridad en el ejercicio de la oracion, en la cual era muy ferviente y derramaba muchas lágrimas; en tanta manera, que el lugar y asiento que tenia en el coro, dejaba continuamente regado de ellas. Era devotísimo del glorioso doctor S. Gerónimo, porque en su día nació y recibió el hábito de su religion y la profesó, y así tambien quiso Nuestro Señor que en el mismo dia acabase el destierro de esta presente vida, sin preceder alguna enfermedad, mas de que acabadas las vísperas el dia del arcángel S. Miguel, se fué á la enfermería con achaque de alguna indisposicion, y aquella noche pidió todos los sacramentos, y recibidos dió el ánima á su Criador cuando se acababa la misa de su particular devoto S. Gerónimo. Y como el sacerdote que la dijo publicase al pueblo su fallecimiento, acudieron todos con mucha devocion á ver su cuerpo y tomar por reliquia alguna cosa de su hábito, por haberlo tenido en opinion de hombre santo y escogido de Dios, y enterróse en el dicho convento de México.

CAPÍTULO XLVII.

Vida del excelente varon Fr. Martin Sarmiento de Hojacastro, segundo obispo de Tlaxcala.

Vida de Fr. Martin de Hojacastro, obispo de Tlaxcala.

FUÉ este excelente varon natural de Hojacastro, pueblo del Condestable de Castilla, cerca de Santo Domingo de la Calzada, hijo de padres nobles, segun el mundo, y católicos cristianos. Desde su tierna edad fué inclinado á toda virtud, y frecuentaba las iglesias y oia en ellas con toda voluntad y atencion las misas y la palabra de Dios. Y como profetizando cuán grande predicador y prelado habia de ser, cuando volvía á su casa despues del sermon, se subia en una silla y predicaba á una su hermana mayor y á otros de casa el sermon que habia oido y encomendado á la memoria. Y acabada su plática decia á su hermana que le besase la mano, porque habia de ser obispo (como tambien se lee de S. Ambrosio que hacia lo mismo), y no lo queriendo hacer la hermana, por fuerza le ponía la mano en la boca, por lo cual muchas veces fué azotado de ella.

Creciendo en la edad, y siendo ya de quince años, tomó el hábito de religion del padre S. Francisco en el convento de S. Bernardino de la Sierra, que está cerca del pueblo llamado Fresneda, de la provincia de Búrgos. Acabado el año del noviciado estudió sus cursos de artes y teología, y en ella salió muy docto y insigne predicador. Fué ordenado sacerdote por la obediencia de sus prelados, de edad de veinte y dos años, y desde entonces hasta que vino á la Nueva España, siempre fué vicario del coro, por la mucha suficiencia que para ello tenia. Era admirable lector, diestro cantor, tañedor de órgano, y de muy clara y sonora voz. Sobre todo fué muy acepto á todos los religiosos por su afabilidad y santa conversacion. Estando en Valladolid oyendo segunda vez la teología, que con mucha aceptacion leia allí el doctísimo padre Fr. Juan de Gaona, partió con él y con otros santos religiosos á estas partes de la Nueva España con grande fervor de espíritu á ser obrero en la viña del Señor, año de mil y quinientos y treinta y ocho. Comenzó luego á trabajar en ella con muy grande ejemplo y virtud, y fué compañero y secretario del comisario general Fr. Juan de Granada, y anduvo con él visitando la provincia de Michoacan á pié. Acercándose el capítulo general que se celebró en Mantua el año de mil y quinientos y cuarenta y uno, por la mucha confianza y crédito que de Fr. Martin se tenia, lo enviaron los padres de esta provincia del Santo Evangelio al dicho capítulo con la voz del provincial, en compañía del venerable varon Fr. Jacobo de Testera, que iba tambien á aquel capítulo por discreto de la provincia; y para que si Fr. Jacobo faltase, por ser de mucha edad y enfermo, y el viaje largo, negociase Fr. Martin en su lugar por la provincia. Celebrado el capítulo, en el cual asistieron ambos, llegando á Mantua con salud, el ministro general por la misma forma proveyó de comisario general de esta Nueva España y Perú á Fr. Jacobo de Testera, y que muriendo él dentro de los seis años de su generalato, quedase con el oficio Fr. Martin de Hojacastro. Y así fué, que vueltos á México, desde á pocos dias murió Fr. Jacobo, y quedó Fr. Martin por comisario general. Ejercitó este oficio cinco años religiosa y prudentemente, y visitó en persona las provincias del Santo Evangelio y Michuacan y las otras de la Nueva España, caminando siempre á pié. Y al Perú envió sus comisarios ó visitadores, por no poder ir en persona. Acabándosele el oficio, determinó partirse otra vez á España á dar cuenta de él delante del capítulo y ministro general, y estando en el puerto para se embarcar, se levantó una grande tem-

1538.

1541.

pestad con que se hizo pedazos el navío en que habia de ir, y se ahogaron muchos. Y entendiendo por esto que no era la voluntad de Dios que saliese de la provincia, se quedó en ella, y en el capítulo siguiente que se tuvo en el convento de Tezcuco, fué electo difinidor y guardian de Tlascalá, donde con mucha humildad leyó la gramática á algunos religiosos que en su compañía tenia, y hacia el oficio de guardian con grande aplauso y contento de todos. Vacando en este tiempo el obispado de Tlascalá por muerte del primer obispo Fr. Julian Garcés, de la órden de los predicadores, y teniendo el Emperador Cárlos V particular noticia de las muchas prendas y suficiencia de Fr. Martin, lo eligió en segundo obispo de Tlascalá. Y no queriendo Fr. Martin aceptar esta dignidad, fué llamado á México por el santo varon Fr. Toribio Motolinia, uno de los doce primeros, que á la sazón era vicario provincial, el cual le rogó, juntamente con otros santos religiosos, aceptase aquel cargo que S. M. le enviaba para consolacion de todos, y principalmente de los naturales, que los habia Dios proveido de padre y pastor cual ellos lo habian menester. Y tambien pues se veia manifiestamente venir aquello de la mano de Dios y no por medios humanos. De lo cual el excelente varon se excusaba diciendo, que cruz tan pesada no se atrevia á echarla sobre hombros tan flacos como los suyos. Mandóle entonces el santo Fr. Toribio hincar de rodillas, y hincado Fr. Martin, le preguntó si lo conocia por prelado. Y respondiendo Fr. Martin que sí, y que en ello se tenia por muy dichoso, replicóle entonces el santo vicario que pues lo tenia por prelado, le mandaba por santa obediencia, en virtud del Espíritu Santo, aceptase la voluntad de Dios: que él se ofrecia y los demas religiosos á encomendarlo á Nuestro Señor en sus sacrificios y oraciones. Aceptólo el electo obispo, diciendo que con los favores de la obediencia y oraciones de tales religiosos, él lo aceptaba. Lo cual dió gran contento á todos, y en particular al prudentísimo D. Antonio de Mendoza, virey de esta Nueva España. No se ensoberbeció este excelente prelado con la nueva dignidad, antes como si fuera un fraile de los comunes se partió luego para su obispado á pié, y pidió á los prelados de esta provincia que mientras le venian las bulas de su Santidad, le diesen por maestro al muy docto y santo varon Fr. Juan Fucher para que le leyese los sacros cánones, lo cual le concedieron. Y fuése al convento de Cholula y vivió allí como uno de los otros frailes, haciéndose oyente del sobredicho padre. Viniéronle en breve las bulas, y partióse luego á la ciudad de Guaxaca

para se consagrar. Vuelto á su obispado, lo recibieron con mucho regocijo, haciéndole particulares fiestas, dando todos, grandes y pequeños, muchas gracias á Nuestro Señor porque les habia dado tal prelado y pastor, generalmente á todos tan acepto, así á religiosos y clérigos, como á los seglares, porque á todos hacia obras de verdadero padre, con tanta igualdad y benevolencia, que en ninguna ocasion se pudo notar en él algun indicio de parcialidad ó aficion mas á los de su órden que á los de las otras. Demas de esta discrecion y prudencia (que es la que gobierna todas las virtudes), dotó Nuestro Señor de otras muchas gracias á este meritísimo pontífice, cuantas en un prelado se pueden desear. Su aspecto y presencia era grave y venerable, con una benignidad y afabilidad que á todos daba alegría, y le tenían respeto y reverencia. Cuando celebraba órdenes ó hacia otro cualquier acto pontifical, holgaban los curiosos de hallarse presentes, por la mucha destreza con que lo hacia. Su plática era graciosa y de mucha eficacia, y por esta causa él era el que concordaba los discordes y hacia las paces y amistades entre personas de cuenta, y concluia los negocios de dificultad en toda la tierra. En el sínodo provincial que celebraron los obispos de esta Nueva España el año de mil y quinientos y cincuenta y cinco, él fué el que mas se señaló, y á él solo encomendaron los demas que ordenase las constituciones sinodales, que entonces se publicaron y imprimieron. Á los naturales (como á pobres y destituidos de favor) tuvo singular y paternal aficion, con que los consoló y favoreció todo lo que pudo. Mostróse verdadero padre de pobres, y con su pobreza (que era entonces mucha, pues solo gozaba de las quinientas mil maravedís que de la caja real le daban), les ayudaba y proveía. Y solia decir muchas veces con angustia de su corazon: «¿Qué sentirá un obispo pobre que ve tantos necesitados, y tantas viudas y doncellas huérfanas, y no tiene con que remediarlos?» Fué querido y amado de todos en general, y por su mucha virtud pedido por arzobispo de México del cabildo de aquella santa Iglesia, despues de la muerte del santo Fr. Juan de Zumárraga. Vivió con mucha honestidad de su persona, y jamas ensució su cuerpo con algun acto carnal, como lo afirmó un venerable padre que lo confesó muchas veces, y fué su íntimo compañero y amigo. Visitaba su obispado personalmente, sin llevar mas pajes ni serviciales que un compañero de la misma órden. Confirmaba gran número de indios, y como era entonces la gente mucha (porque ninguno quedase privado de este sacramento de la confirmacion), lo ejercitaba

todo el día entero, hasta quedar muy cansado y fatigado. Habiendo una vez confirmado infinidad de gente en el pueblo de S. Felipe de Tlascala tres días que en él estuvo, le dió una noche el mal de la muerte, que fué un dolor de costado, y llamando á su compañero, le dijo: «Padre bendito, á mí me ha dado enfermedad, y creo es la postrera del mal de la muerte; vámonos á casa.» Saliendo el buen obispo de los aposentos de la iglesia para ponerse en camino, vió en el patio de ella multitud de indios, hombres y mujeres y niños, que lo esperaban para que los confirmase. Y habiendo compasión de ellos, dijo al compañero: «Estos pobres ¿cuándo se confirmarán si yo no los confirmo?» Y respondiéndole el compañero, que Dios le daría salud para que volviese, habida oportunidad, y los confirmase, replicóle el buen obispo: «No quiera Dios que yo los deje de confirmar ahora, y los envíe desconsolados; tráiganme luego recaudo.» Confirmólos allí á todos, que eran muchos, lo cual fué ocasión que se le inflamase mas la calentura. Partiósese luego para la ciudad de los Ángeles, donde está la silla episcopal, y no quiso ir á sus casas, mas fuése derecho al convento de S. Francisco, diciendo que quería morir entre los religiosos sus hermanos. Y así fué, que recibidos en aquel convento todos los sacramentos como bueno y fiel cristiano, dió el alma á su Criador, abrazado con un crucifijo, habiendo gobernado la Iglesia que Dios le encomendó, con mucho ejemplo y cristiandad. Sacaron su cuerpo del monasterio de S. Francisco y lleváronlo á su Iglesia con gran copia de sacerdotes clérigos y religiosos de las tres órdenes. Fué su muerte muy sentida y llorada de todos, y particularmente de los naturales, que como á padre muy tiernamente lo amaban. El virey D. Luis de Velasco supo la muerte de este apostólico varón, estando platicando con el obispo de Michoacan D. Vasco de Quiroga, y sintiéndola mucho, dijo al obispo: «Grandes son, señor, los secretos de nuestro Dios, que á los que había de dejar (según nuestro parecer) lleva, y á los que había de llevar deja.» Y decía muchas veces que había perdido en el buen obispo padre y amigo verdadero. También el arzobispo de México, D. Fr. Alonso de Montúfar, estando en el pueblo de Cinacantepec (y yo con él), supo la muerte de este excelente pontífice, y con muchas lágrimas se levantó de la mesa (que estaba asentado para cenar) y se retrajo á su aposento, diciendo que esta nueva Iglesia había perdido su principal pilar. Tanto era el amor y respeto que todos le tenían.

CAPÍTULO XLVIII.

De algunos religiosos dignos de memoria de esta provincia del Santo Evangelio.

FR. Alonso de Molina vino con sus padres, niño, á estas partes de la Nueva España, luego como se conquistó. Y como era de poca edad, deprendió con facilidad la lengua de los indios mexicanos. Y cuando comenzaron los primeros doce padres á cultivar esta viña del Señor, este niño les sirvió de intérprete y enseñó á algunos de ellos la lengua mexicana. Y llegando á edad de poder tomar el hábito, lo tomó en México, y siempre fué creciendo en toda virtud y buena religion. Fué único en saber bien la dicha lengua de los mexicanos para aprovecharse de ella, en la cual con mucha suavidad y gracia particular que Nuestro Señor le comunicó, predicó cincuenta años con mucho contento y consuelo de los naturales. Los cuales han dado mucha muestra de su aprovechamiento en las ciudades y pueblos donde oyeron á este siervo de Dios y á otros semejantes buenos predicadores. Escribió también en la misma lengua muchas cosas muy bien escritas; es á saber: Arte de la lengua mexicana. Vocabulario de la misma lengua. Dos doctrinas, mayor y menor. Confesionario mayor muy cumplido, y Confesionario menor. La vida de nuestro padre S. Francisco. Aparejo para recibir la sacra Comunión. Todas estas obras andan impresas, y se ayudan mucho de ellas todos los ministros de esta Iglesia, y los indios y muchos de los españoles seglares. Y así, sin duda este siervo de Dios es el que mas lumbre ha dado á esta Iglesia en lo tocante á esta materia. Es de creer piadosamente que está en la gloria eterna gozando de sus muchos y fieles trabajos, porque acumuló á ellos grande observancia de nuestra sagrada religion, y celo ferventísimo de la honra y gloria de nuestro Señor Dios y amparo de los pobres naturales. Murió con mucho aparejo que el Señor le dió, mediante una larga enfermedad, y está sepultado en el convento de S. Francisco de México.

De Fr. Alonso de Molina.

Fr. Juan de Burujon, lego, vino de la religiosa provincia de S. Gabriel, año de mil y quinientos y treinta y uno. Fué muy austero y penitente mientras tuvo salud, porque en la vejez lo visitó Nuestro Señor con continuas enfermedades. De este bendito religioso se decía por cosa cierta que veía visiblemente á nuestro Señor

De Fr. Juan Burujon.
1531.